

Precio 15 céntimos



Adelina Sala.

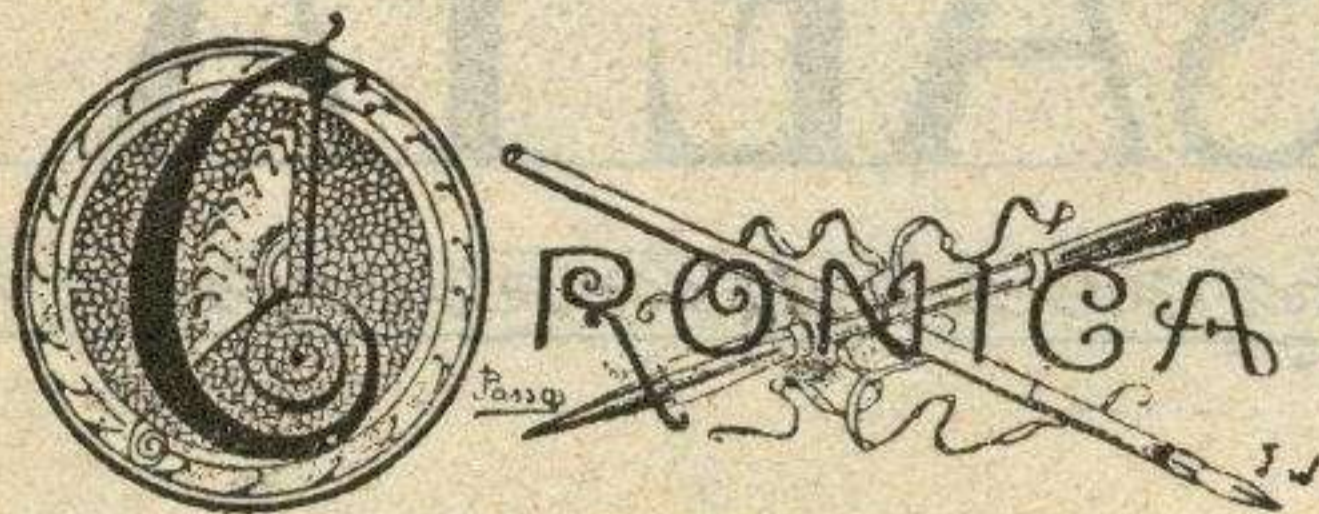


# LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

DIRECTOR LITERARIO: DANIEL ORTIZ

Toda la correspondencia se dirigirá á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA



Con motivo de la recepción verificada el primero del año en el palacio del Presidente de la República del margen, ha habido rozamientos entre el ministro de Estado Mr. Ribot y el embajador español duque de Mandas.

El ministro dijo que había que subir los grados del vino español á diez y nueve, porque tenían *beaucoup d'esprit*.

Y el duque replicó que más *esprit* tenían las cabezas de los franceses.

Esto es lo que se dice; lo que ha pasado ¡vaya V. á saberlo!

Pero si es cierta la réplica del duque de Mandas, hay que confesar que estuvo en lo cierto.

Los franceses tienen en el chirúmen *beaucoup d'esprit*.

Dígalo sino un articulista que le ha salido al periódico *L'Echo de Paris*.

Este articulista, según él dice, ha visitado Barcelona, y nos hace una descripción de la Rambla que es deliciosísima.

El *musiu* nos manifiesta en su artículo que no hay nada más extraño que la Rambla.

Debajo de los plátanos no ha visto más que turroneros, y al lado de ellos (de los plátanos), una hilera de casas *rococó*.

Y es porque el francés ese, sólo se fijó en el deslumbrador edificio donde estuvo situado el Café de España.

Los demás caseros debieran demandar á este propietario *rococó* por el perjuicio que en el concepto del público francés les ha acarreado.

Item más: el articulista se extraña de que los transeuntes suban por el lado derecho del paseo y bajen por el izquierdo.

¿Qué quería? ¿Que sucediese como en el Paseo de Santa Engracia de Zaragoza y como en los paseos de París, que cada cual pasea por donde le parece á riesgo de darse de narizadas con todo bicho viviente?

Otro sí. Les acusa de pasear serios.

¡Es claro! Mejor sería que los paseantes fueran haciendo el clown, ó dando saltos mortales, ó bailando el cancan.

Como vistoso, lo sería; pero no todos tienen elasticidad en los miembros como *les citoyens de la gran nation*.

Lo que me apena en el periodista de *L'Echo de Paris* es que diga que todos los que paseamos la Rambla estamos verdes, y gastamos gorro frigio, y llevamos capas oscuras con vueltas coloradas, por que esto me hace pensar si seré yo miope cuando no he visto en veinte y tantos años que llevo en Barcelona semejante cosa.

Coloca ese francés á todos los teatros de Barcelona en la Rambla. En la Rambla están Romea, Nove-

dades, El Tivoli y Calvo y Vico; los cafes cantantes, en fin, todos los teatros.

Entre ellos se halla, según el expresado cronista, *El Catalo*.

¿Ha *catado* alguno de nuestros conciudadanos ese teatro?

Pues sí, *El Catalo* también está en la Rambla.

Por el redactor del periódico francés sabemos que el marqués de Comillas pone á secar la ropa blanca en el terrado de su casa, lo que le equipara á cualquier modesto burgués.

Así mismo se extraña el articulista de que en la Rambla no haya más que sastrerías, confiterías y peluquerías... ¡Todas *rococó*, por supuesto!

En quince metros de acera ha contado el franchute treinta establecimientos de esa clase.

Por último sostiene que los barceloneses solo nos alimentamos con confitura y pasteles, pues él solo ha visto una carnicería en toda la ciudad, y eso en una calle muy escusada.

Y todas estas cosas las escribe esa gente con la tranquilidad del justo, y sus paisanos se las tragan como pan bendito.

Por eso están tan ilustrados los franceses con respecto á las demás naciones.

Sacándoles de lo que es París, no saben una jota de lo que son los italianos, los alemanes, los ingleses los españoles, y los mismos rusos por quien ahora se pirran.

Y todo por culpa del *esprit* francés, que dijo el duque de Mandas.

\* \*

¡Se salvó la situación!

En el Museo de reproducciones de esta ciudad han sido colocadas algunas estatuas, copia exacta de artísticos originales.

Como quiera que las estatuas estuvieren desnudas como su madre las había parido, ha venido la comisión (en la que supongo estarán Miquel y Badía y detrás pudorosos mancebos) y ha puesto hojas de parra en esas obras de arte, á fin de que la moral pública no se resienta.

Nosotros, cuando vemos una estatua bella, lo que menos pensamos es en que esté desnuda. La admiramos y no nos fijamos en nada pornográfico, porque el arte no es lúbrico aunque enseñe las mayores desnudeces.

Pero parece ser que hay otros que lo entienden de distinta manera y tapan en las estatuas lo que remueve sus sentidos ó les trae á las mientes ideas pecaminosas.

¡Allá ellos!

Pero ya estuvimos en berlina en el extranjero con motivo de la última exposición de pinturas, y ahora volveremos á estarlo.

Bueno es que haya moral, pero en las estatuas de carne.

Las de marmol y bronce pueden pasar sin taparabos.

\* \*

He leído en los periódicos una anécdota en que figura Adelina Patti, un ruiseñor... y un cochero.



Paseando la célebre diva dentro de su vehículo por el Pardo, oyó cantar un ruiseñor. Ella cantó también; el pájaro la replicó; ella volvió con los gorjeos; el pájaro insistió, y por último salió triunfador de la diva, que aplaudía con entusiasmo á su contricante.

Nadie hubiera sabido nada de esta competencia si el cochero, al cabo de los años mil, no se lo hubiera contado á un periodista.

¿Qué les parece á Vds. ese cochero? ¿Verdad que es el único en su especie?

Acordarse al cabo de treinta ó más años, y después de haber rodado de calle en calle y de taberna en taberna, de esa aventura de la tiple, tiene tres pares de bemoles.

Para mí, ese cochero no estaba en su centro cuando contó al periodista semejante caso, ó lo que presencié fué, en vez de una competencia entre la diva y un ruiseñor, una serie de *cantos* entre un chulo y una corista.

¡Por que miren Vds. que ir la diva en un coche de alquiler por el Pardo!...

¡Vamos, á ese auriga se le ha subido la cuestión de los vinos á la cabeza!

ELIDAN.

### ASÍ, CLARITO

Hoy me decido á escribirte,  
mi queridísima Adela,  
pues es justo que conteste  
al sin número de quejas  
que me dabas ayer tarde  
en tu perfumada esquila.  
Dices que llevas escritas  
catorce cartas con esta  
y que á ninguna has tenido  
contestación ó respuesta.  
Preguntas si no te quiero;  
y sigues: «¿Ya no te acuerdas  
» de mí, cuando me decías  
» mi paloma, mi gacela,  
(lo mismo que en el Tenorio)  
» y otras frases de amor, tiernas,  
» á las que yo contestaba  
» con amante complacencia?  
» ¿No te acuerdas ya de cuando  
» me pedistes una prueba  
» del amor que te tenía  
» y te las dí por docenas?»  
¡Ya lo créo que me acuerdo!  
mas ¿qué quieres, niña bella?  
todo pasa en este mundo;  
así Becquer nos lo enseña,  
y aunque algunas cosas vuelven,  
éstas no esperes que vuelvan;  
ni de que yo vaya á darte  
tan cursilísimas muestras  
de querer, pues ya estoy harto  
de tantísimas gabelas  
como en tu casa, muchacha,  
me tenías siempre impuestas....  
Y supuesto que hoy es día  
de que liquidemos cuentas,  
ya que me haces memoria  
de tus muchas deferencias,  
réstame á mí recordarte,  
por sí acaso no te acuerdas,  
aquel *duro* que á tu padre  
le he prestado ha larga fecha,  
á más de los cuatro y pico  
que tu *mamita* me adeuda.

Conque ya ves, Adelita,  
¡cinco duros! ¡friolera!.....  
Cinco duros que si hoy  
en mis manos los cogiera,  
desempeñara la capa  
que empeñé por tu exigencia  
de querer ir á butaca  
una noche á la opereta.

Y aun te atreves recordarme  
de nuestro amor las escenas,  
cuando tú misma pusiste  
los suspiros á peseta,  
á dos reales las miradas  
como artículo de feria;  
y cuando á tu casa iba  
sin llevarte una fineza,  
estallabas de coraje  
y armabas tal pelotera  
que tenía que marcharme  
corridito de vergüenza.

Y... ¿qué dices de tu hermano...?  
Ese insigne calavera  
que esgrime más bien el sable  
que un húsar de la Princesa.  
¿Y tu primo...? ¿y tus hermanos?  
¿y... toda tu parentela.....?  
¿y...? ¡qué digo de tu gente!  
¡si hasta tu linda *Diamela*  
no paraba de ladrarme  
hasta no darle galletas!  
¿Y aún quieres que vaya á verte?  
No me esperes más, Adela,  
pues no me lleva á tu casa  
ni tampoco una pareja  
del *benemérito* cuerpo....  
Conque, salud y paciencia,  
y no intentes persuadirme  
que amante á tu lado vuelva;  
pues no quiero por más tiempo  
amor que tan caro cuesta.

ENRIQUE DE LUIS

### ¡AL SANTO, AL SANTO!

Cuando doña Agripina y su esposo el señor de Alcaparra salieron de su pueblo con dirección á Madrid, para asistir á la romería de San Isidro, el administrador de Rentas, hombre de mucho mundo, les llamó aparte para decirles:

—Nada; divertirse todo lo posible, pero sin cometer calaveradas ni descubrir la oriundez provinciana. Madrid encierra muchos peligros. Discreción, señor de Alcaparra. Método, mucho método, Agripinita.

Era ésta una señora que podría tener de treinta y cinco á cincuenta años, según la feliz expresión de un literato amigo mío. Vista de perfil parecía un sacatrapos.

Al meterse en el tren llevaba un trajecito color de fresa pisada, y lunares verdes; sombrero de paja de arroz, con su correspondiente manojo de amapolas y espigas en el centro, manteleta de tafetán rodeada de azabaches y guantes de hilo de Escocia color de canario alicaído; su mano aprisionaba un elegante saco de viaje, que le había costado cuatro pesetas en la última fiera.

El señor de Alcaparra era mucho más sencillo en sus manifestaciones exteriores. Se había puesto un levitín verde-botella, metamorfosis reciente de una capa que le había prestado excelentes servicios en su tiempo: cubría sus piernas con un elegante panta-





El año nuevo.



LA INCLINACIÓN





lón de cuadros y ceñía á su cuello una chalina azul con listas crema. Un sombrerito hongo de copa cuadrada y ala recogida completada el adorno de aquella figura rechoncha pero simpática. Llevaba al brazo un gabán color pasa vieja con cuello de terciopelo, y en la mano derecha un lio de paraguas, sombrillas y bastones, envueltos en una manta.

Cuando el matrimonio Alcaparra llegó á Madrid, cien personas le rodearon diciéndole:

—¿Necesitan ustedes una buena fonda?

Pero él, que no era tonto, les rechazó como pudo y metiéndose en un coche de plaza, dijo al auriga:

—A la posada del Peine.

Agripina, lo mismo que fué verse en el coche sacó del bolsillo un espejo redondo y comenzó á reparar los desperfectos producidos en su tocado por el traqueteo de un viaje de doce horas.

—Candelario —decía á su marido, —¿llevo bien puesto este bucle de la derecha? ¿Se me conoce la mala noche pasada? ¿Me criticarán si notan que no me he puesto el corsé?

Alcaparra había caído en tal estado de preocupación desde el momento de poner el pié en Madrid, que no oía las preguntas de su consorte y se limitaba á contestarlas con monosílabos.

—Es necesario —dijo á su esposa después de un largo silencio— que no descubramos nuestra procedencia provinciana. Los provincianos son víctimas de la perfidia de esta gente. Procura aparecer siempre tranquila. No manifiestes sorpresa, veas lo que veas. Ya sabes lo que nos dijo el administrador de estancadas.

En aquel momento el coche pasaba por delante de un grupo situado frente del palacio Real. En el centro del grupo veíase un hombre á quien otro acababa de romper la cabeza de un estacazo.

—Mira, mira, Alcaparra, mira cuanta sangre, gritó Agripina.

—¿No acabo de decirte que no debes manifestar sorpresa, veas lo que veas? Además, eso no será verdad probablemente.

—¿Que no?

—Aquí todo es farsa.

Cuando llegaron á la posada del Peine, el cochero paró el carruaje y Alcaparra y señora echaron pié á tierra.

—¿Cuánto es? — preguntó al simón.

—Una peseta.

—No crea usted que lo ignoraba —contestó el viajero.— Lo he preguntado para probar la fidelidad de usted. Si llega usted á pedirme un céntimo más, le hubiera levantado la tapa de los sesos.

Pagó la peseta, recogió los bultos que había colocado en el pavimento del coche y subió resueltamente las escaleras de la posada, seguido por su mujer, que se había envuelto en el aire de indiferencia tan recomendado por su esposo.

—¿Hay hospedaje para nosotros? — preguntó Alcaparra á un mozo.

—Sí, señor; pasen ustedes.

El matrimonio fué introducido en una alcoba pequeña y no muy ventilada.

—¿Van ustedes á almorzar? — preguntó el mozo.

Alcaparra miró á su esposa con aire malicioso; después retrocedió algunos pasos y clavando los ojos en el interpretante, dijo con acento sarcástico:

—Por lo visto le interesa á usted mucho saber si almorzamos. Sepa usted que haremos aquello que más nos plazca.

El sirviente se retiró murmurando:

—No he visto un hombre más raro en toda mi vida; mientras Alcaparra decía á su mujer:

—Conviene tratar mal á esta gente, para que no le tomen á uno por paleta incivil.

Aquel día el matrimonio, después de almorzar, salió á recorrer las principales calles; pero Agripina era víctima de su esposo, que no la dejaba detenerse delante de los escaparates, ni abrir los ojos con esceso, ni volver la cabeza, ni dirigir miradas á las señoras transeúntes, porque decía que la gente iba á conocerle en la cara la oriundez.

Alcaparra había oído hablar de la cerveza con verdadero entusiasmo, pero ésta era una bebida que no conocían en su pueblo, y él tampoco la había probado nunca.

—¿Quieres que entremos aquí? — preguntó á su mujer, deteniéndose frente á la cervecería Escocesa.

—Como gustes, — contestó Agripina.

Los esposos entraron, tomando asiento ante un velador.

—¿Qué van á tomar ustedes? — les preguntó el mozo.

—Cerveza, — contestó Alcaparra.

—¿Chica ó grande?

La más grande que usted encuentre, — replicó el viajero algo amostazado.

El mozo reapareció algunos segundos después con lo que se le había pedido, y llenó las dos copas. Cuando iba á volverse al mostrador, Alcaparra le cogió por el cuello gritando:

—Ven acá, tunante. ¿Crees que á mí se me engaña? ¿Te figuras acaso que ignoro lo que es cerveza?

—¿Qué dice usted? — exclamaba el mozo tratando de defenderse.

—Digo, que nos has dado un brevaje insoportable; que te has querido burlar de nosotros...

Alcaparra no podía creer que la decantada cerveza fuese una cosa tan desagradable.

Agripina no hacía más que escupir y contraer las mejillas, diciendo:

—Candelario; ese hombre ha querido envenenarnos. Mata á ese hombre, Candelario.

El amo de la cervecería acudió sobrecogido de terror; los parroquianos intervinieron también en el asunto y como todas las explicaciones no bastaban y Alcaparra estaba cada vez más furioso, hubo necesidad de llamar á la pareja.

La calle comenzó á llenarse de gente que se reía al ver las extrañas figuras de los esposos, y Alcaparra, ciego ya por la ira, arremetió contra la multitud y comenzó á descargar golpes con el paraguas. En su ceguera no había visto á Agripina, que colgada de su cuello trataba de calmarle y creyéndola un guardia de orden público la arrojó contra el escaparate del café. El escaparate se hizo pedazos y Agripina fué á caer de bruces sobre un flan metiendo la cara en la fuente.

A todo esto, la autoridad había conseguido sujetar á Alcaparra, que mudo y sin aliento, miraba á su alrededor buscando á su esposa. Esta, aturdida por el golpe y ciega por el flan, que le tapaba completamente los ojos, había sido conducida en un coche de punto á la casa de socorro. El sombrero de paja de arroz andaba por los suelos, la manteleta, arrugada y sucia, servía para que los camareros enjugasen con ella la salsa de los platos que un momento antes figuraban en el escaparate.

Entre los objetos hallados debajo de los piés de los concurrentes figuraba una bota de Agripina y la cédula de vecindad de Alcaparra. Este fué un documento precioso para la autoridad, que vió desde luego en el alborotador á un pobre hombre víctima tal vez de un abuso de confianza, y en vez de llevarle á la prevención le dejaron en mitad del arroyo.



—¿Pero, y Agripina?— decía él encarándose con los transeuntes.

Agripina no tardó en aparecer, acompañada de una pareja de guardias. Había vuelto en sí en la casa de socorro y á fuerza de súplicas fué conducida de nuevo junto á su esposo, pero ¡en qué triste estado!

El vestido hecho girones: la cabeza despeinada, descubriendo el algodón que le servía de relleno: la cara chorreando flan....

—¡Agripina!— gritó su esposo estrechándola en sus brazos.

—¡Candelario!— dijo ella.

Y después de convencerse de que eran ellos efectivamente, pues en Madrid no puede uno fiarse de nadie, echaron á andar á la ventura, seguidos por una turba de muchachos que gritaban:

—¡A esos, á esos! ¡Son dos locos!

La gente comenzó á correr. El matrimonio, al principio, tomó la cosa con calma, pero después temiendo ser víctima del furor popular, corrió también; y su carrera hubiese durado hasta lo infinito, si la autoridad tomando cartas en el asunto no condujera á Agripina y su marido á la posada del Peine.

Ya allí, los esposos respiraron.

—¿Sabes que nos estamos divirtiendo mucho en Madrid? dijo Agripina con amargura.

—Hemos pagado el aprendizaje —contestó Alcaparra;— pero ya verás como no nos vuelve á suceder nada desagradable.

—Tengo muchas ganas de ver un teatro— añadió ella.

—Iremos esta noche— dijo él.

Después de comer, ambos se pusieron sus mejores galas y previa consulta del *Diario de Avisos*, resolvieron asistir al teatro de Apolo.

Casi todas las localidades estaban ya vendidas cuando Alcaparra se acercó al despacho, y por no volver piés atrás, compró dos butacas de penúltima fila.

—Candelario, desde aquí no vamos á ver nada.

—Es verdad—contestó él.

Alzóse el telón: las palabras pronunciadas por los cómicos llegaban á manera de rumor lejano, á oídos del matrimonio.

—Aquí no se puede estar—volvió á decir ella. ¡Si pudiésemos ir al escenario!

—Iremos—dijo Alcaparra levantándose.

Y salió de la sala seguido de su mujer; después preguntó á un portero cuál era el camino del escenario y algunos minutos más tarde, los dos forasteros penetraban por detrás de un telón de medio foro en el escenario del teatro de Apolo.

Era tal el número de comparsas y bailarinas y tan grande la confusión que allí reinaba, que nadie notó la presencia de Alcaparra y su mujer detrás del telón.

Representábase una obra de gran espectáculo con frecuentes cambios de decoraciones y muchas luces de bengala.

Agripina oía perfectamente la voz de los cómicos, pero no podía presenciar el espectáculo, y su marido, tratando de complacerla buscaba un agujero en el telón.

En aquel momento, los esposos lanzaron un grito tratando de huir, pero era ya tarde.

El telón que les había ocultado hasta entonces á las miradas del público, acababa de descenderse, y Alcaparra y su esposa aparecían en pleno escenario, rodeados de luces de bengala.

—¡Qué vergüenza!—dijo Agripina y echó á correr, pero tropezó con un bastidor que figuraba una fuente china y éste, cediendo al choque, fué á caer sobre

Alcaparra,

—¡Bravo, bravo!—gritaba el público.

—¡Que bailen!—añadían los espectadores más alegres.

Alcaparra trataba de levantarse y solo después de una lucha penosa logró sacar la cabeza por el lienzo; pero en aquel instante los maquinistas del foso, ajenos á cuanto estaba pasando arriba, soltaban los grifos y el agua comenzó á salir por uno de los lados del bastidor, cayendo cual impetuosa cascada, sobre aquel infortunado matrimonio.

Cuando acudieron á socorrerles, Agripina y su esposo parecían dos merluzas recién cogidas.

En el primer tren del día siguiente, el matrimonio regresaba á su pueblo, y Alcaparra no cesaba de decir:

—¡Cualquier día vuelvo á salir de mi casa sin salvavidas!.....

LUIS TABOADA

## MATEMÁTICAS SUBLIMES

*Ecuación del alma mía  
y problema de mi sér,  
permite que un matemático  
te cante en á menos b.  
Cálculo integral del alma,  
diámetro de mi querer,  
unidad de mi cariño  
que por mil multipliqué;  
Sustraendo de mi vida,  
pues mi amor tan fuerte es,  
que estoy hecho un minuendo  
y sólo tengo la piel;  
paralepípedo mio,  
pentágono del Edén,  
arista de mi existencia  
y eclipse en que me enredé;  
si tu incógnita despejo  
y triunfo de tu desdén  
la cuadratura del círculo  
resuelto habré de una vez.  
Seré tu solo exponente  
que no me quiero exponer,  
y ni simples ni compuestas  
quiero las reglas de tres.  
Con el compás del cariño  
un ángulo hemos de hacer,  
y loco de amor la línea  
perpendicular seré;  
y con el seno, el coseno  
con el arco y el nivel  
haremos una figura  
que envidia á la Europa dé.  
El hombre desde que nace,  
llámese Pedro ó Miguel,  
vive aritméticamente  
esclavo del interés.  
Suma, el que sus deudas cuenta;  
resta el que da pigarés;  
multipliqua el que se casa,  
y parte el que pide á cien.  
Y federal ó carlista,  
y soltero ó con mujer,  
como resulte un quebrado,  
de fijo el quebrado es él.  
No como á un cero á la izquierda  
me trates en tu esquivéz,  
y dí al verme llevo uno  
por siempre jamás amén.  
Hipotenusa querida,*



UN PAYÉS CAVERA



Viene por tres días á Barcelona para un negocio.



Y persigue á las mujeres.



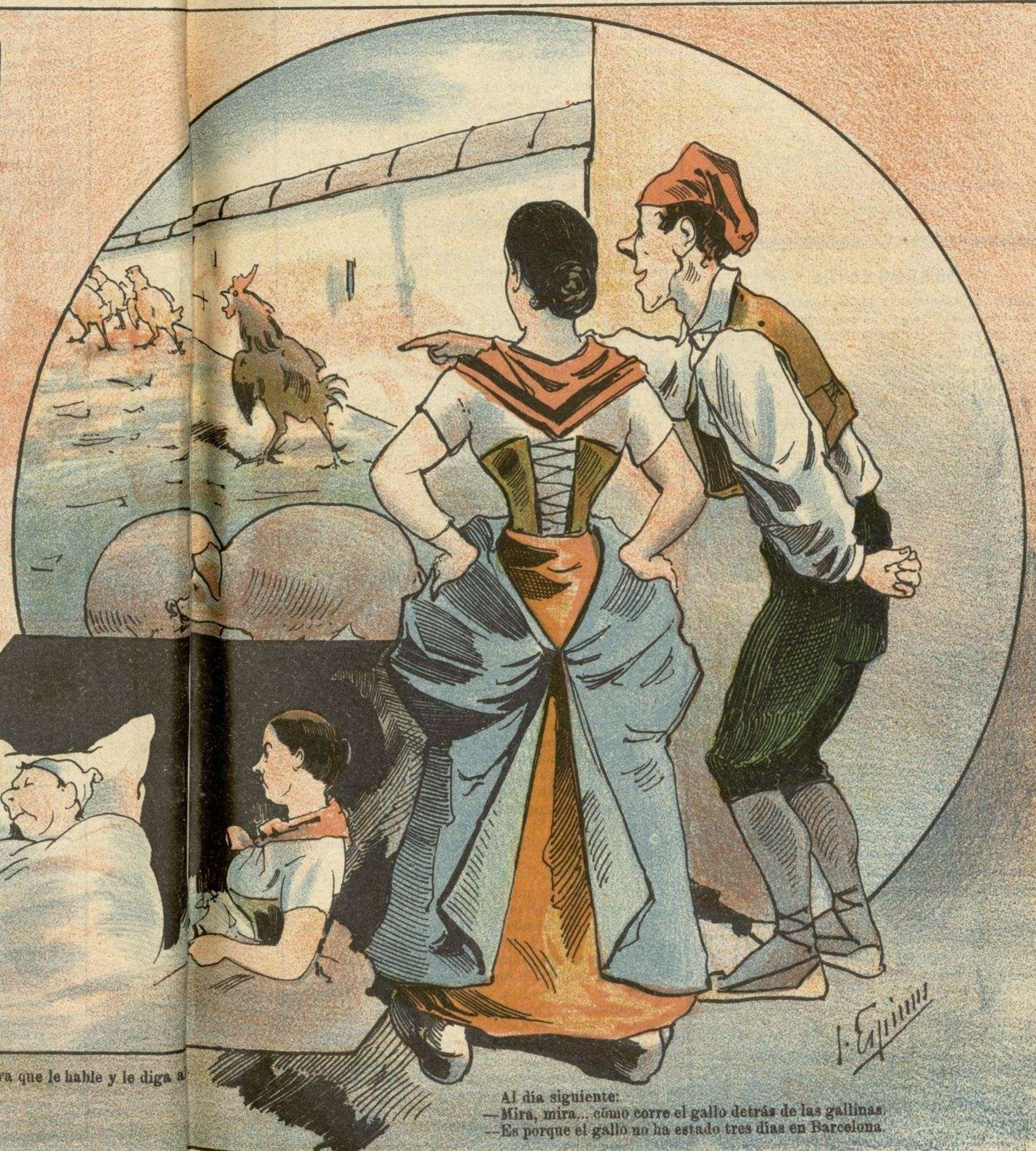
Y después vuelve al pueblo.



Y se vá á acostar.



Y su mujer espera que le hable y le diga a



Al día siguiente:  
—Mira, mira... cómo corre el gallo detrás de las gallinas.  
—Es porque el gallo no ha estado tres días en Barcelona.

*J. Espinosa*



yo tu *cateto* seré,  
si vamos á hacer corriendo  
una *adición* ante el juez.  
Y yo que de puro simple  
soy más dulce que la miel;  
no te *ajustaré las cuentas*  
aunque tú no me las des;  
y seremos dos *factores*  
que se quieran mucho y bien,  
y los *números* que vengan  
nuestro *producto* ha de ser.

RAFAEL GARCÍA SANTISTEBAN.

### MIENTRAS LLOVÍA

Angelita y Pantaleón se querían entrañablemente. Hacía tres meses que se habían casado... y me parece que todavía no les había llegado la época de tirarse los trastos á la cabeza.

Hacían bastante buena pareja; tanto, que parecían dos guardias civiles. Eran muy altos y los dos muy morenos; andaban marcialmente y los dos inclinaban la cabeza un poco hacia la derecha, como si les estuviesen soplando por el lado izquierdo.

El día que tenemos el gusto de presentarlos á nuestros lectores, los encontramos en su habitación ya vestidos para salir.

El tiene los guantes en la mano, mientras ella se da la última mirada al espejo. Ya se dirigían hacia la puerta para salir cuando él dijo, mirando por el balcón:

—¡Calle! ¡llueve!

—¿Cómo? ¿Llueve?—dijo Angelita dando un suspiro.

—Así parece, hija... Mira, mira cómo se pone el cielo.

—¡Qué contratiempo!

—¡Y tanto! No podemos salir ya, dijo Pantaleón arrojando los guantes con despecho.

—Y la visita era de rigor. ¿Qué dirá mi prima á quien todavía no hemos ido á ver?

—Tu prima... tu prima...

—Mi prima ¿qué?

—Que eso es lo de menos; las compras que teníamos que hacer... Mañana nos vamos á Gerona y...

—Mi prima es lo que me apura. No la he visto desde que nos casamos.

—¿Quieres creer que me tiene sin cuidado?

—Gracias, estás hoy galantísimo.

Ella se sentó, y él se fué al balcón á ver cómo llovía. Angelita estaba picada de la réplica de su marido.

—¿Escampa?—preguntó al cabo de un rato.

En aquel momento redobló la lluvia.

—Sí; ¿ves?—dijo él sardónicamente.

—¿Sabes que hoy te encuentro no sé cómo?

—Es el día, dispéname, hija.

—Es decir, que la lluvia ha de descargar sobre mí. ¡Vaya una grosería!

—¿Qué has dicho?

—Nada, que como á ti me pone nerviosa el agua.

—Da gracias á eso que si no...

—¿Qué, me ibas á pegar?

—¿Yo? No: te hubiera dicho cosas que no te hubieran gustado.

—¿Y qué cosas son esas? ¿se pueden saber?—dijo ella levantándose y yendo al balcón al lado de Pantaleón.

—Nada, que te sientes y te calles.

—Eso sí, que no lo hago.

—Entonces lo haré yo.

Y fué y se sentó displicente sobre el sofá. Ella miraba cómo el agua azotaba los cristales. Hubo dos minutos de silencio.

—¿Escampa?—preguntó él.

—Sí, ya escampa... y llovían guijarros.

—¡Maldita agua! ¡Bien nos ha fastidiado!

Y estuvieron otro rato sin hablar.

—Tú, Pantaleón, ¿qué cosas eran esas que me ibas á decir?

—Déjame en paz.

—No: es que lo quiero saber. De mí no tienes tú que decir nada. ¡Si fuese viceversa!

—¿Qué? ¿Repítelo?

—Que si fuera yo de tí, si que tengo tela cortada. En primer lugar no me quisiste comprar aquel modelo de vestido que te pedí. ¡Esto á los tres meses de casados!...

—Pues de eso me quejo yo, de que á los tres meses de casados no ceses de pedir ahora un vestido, luego otro, después dos sombreros... ¡que sé yo! ¡Hija, parece que te ha hecho la boca un fraile!

—¿Qué grosero te has vuelto!

—Mira, no me digas esa clase de palabras.

—Hijo, las que te mereces.

—Pues digo, si te llamase holgazana y gastadora.

—¡Yo holgazana! ¡yo gastadora! ¿pues quién mira por tí? ¿Quién te cose?

—¿Que me coses tú? ¿Cuándo?

—Sin ir más lejos ayer te pegué un botón.

—El tercero en tres meses; á botón por más... Chica, no sé cómo no te has reventado con trabajo tan improbo.

—Insúltame... cobarde, porque el que insulta á una mujer es un cobarde.

—¡Ta, ta, ta! ¡ahora entramos con las frases gordas!

—¿Qué desgraciada soy! Razón tenían los que me aconsejaban que no me casase contigo; esos te conocían.

—¿Y quiénes son esos consejeros, se puede saber?

—Pues todos, primeramente mi prima...

—¡Valiente bachillera!

—Insulta ahora á mi familia. Después, mi mamá.

—¡Ay, tu mamá! En mi vida he visto vieja más cargante. Mira, ya estoy de ella hasta aquí.

—¿Qué miserable eres!

—¡Y tú qué engorrosa! ¡qué cargante!

—¡Oh! ¡mamá! Si vieras en este momento como ponen á tu hija!—dijo levantando los ojos al cielo Angelita.

—¡Ay, la mamá!

—¡Bárbaro, mas que bárbaro!

Y Angelita rompe en sollozos.

—Eso sólo me faltaba, lloriqueos ahora. Déjame en paz y haz el favor de no dirigirme la palabra.

—Ella se arroja sobre un sofá y continúa llorando á más y mejor. De repente se para y da un grito de alegría.

—¡Pantaleón, Pantaleón!

—¿Qué cambio es ese?

—Ven, ven, alma mía, que te lo quiero decir al oído.

Pantaleón se acercó y Angelita llena de rubor le habló muy bajo, muy bajito. Sólo se entendieron estas palabras: estado... interesante...

—¡Cielos, qué felicidad!—gritó Pantaleón saltando como un chiquillo.—¿Cómo le llamaremos? Todo menos Pantaleón.

—No seas loco...

Hacia rato que había cesado de llover. En aquel momento salía el sol.



—¡El sol de nuestra felicidad!— exclamó el marido.—Arréglate, y vámonos.

—¿A dónde?

—A tiendas, á comprarle ropa.

DANIEL ORTIZ

## EL MAESTRO CIRUELA

### I

Cuentan del maestro Ciruela que no sabiendo leer y queriéndolo aprender, en su pueblo puso escuela, y fué tan feliz su ensayo contra lo que se creía, que poco después leía lo mismo que un papagayo. Aduzco este ejemplo adrede, porque lo que de él se sigue es que mucho más consigue el que *quiere* que el que *puede*.

### II

La historia del universo para los chicos de escuela escribió el maestro Ciruela y nada menos que en verso, y aunque todos de consuno de estudiarla hicieron gala, era la historia tan mala que no la aprendió ninguno, y lo que de esto se infiere aunque á Candillaé fatigue, es que mucho más consigue el que *puede* que el que *quiere*.

### III

Desconsuela ciertamente esta verdad como un templo; lo que confirma un ejemplo otro ejemplo lo desmiente, y tanto más desconsuela cuando plebeyos é hidalgos tenemos algo, y aun algos de lo del maestro Ciruela, aunque no hay para éste excusas, porque hasta merece leña el que cuando enseña... enseña violaciones de musas.

ANTONIO DE TRUEBA

## LAS DE MAQUITRUQUE

...Y resulta que porque sí, nada más que *porque sí*, véome obligado á hacer una visita... á las de Maquitruque, pongo por caso, que bastante caso es.

Me explicaré.

Ha dos días di con ellas en la Rambla, y allí fué Troya: es decir, Troya precisamente no; pero allí fué el compromiso.

—¡D. Fulanito! dijeron á la vez madre é hija y una cuñada fea *ella* y cargantes todas *ellas*. ¡Dichosos los ojos que ven á usted! ¡Pero hombre de Dios, dónde se mete usted! Hace un siglo que no le vemos. ¿Ha estado usted enfermo? ¿Algún viaje? ¿Alguna novedad en su familia?

—No, señora, no; —digo procurando decir algo — todos buenos, todos, pero... mis muchas ocupaciones...

¿Y ustedes cómo se hallan? ¿Bien?

—Oh, sí, todos respirando salud por los polos.

Bernardo es el que está un poco alicaído... El pobre, con el *peso* de su oficina y estos cambios de *atmósfera*. Venga usted á vernos: tendremos mucho gusto... Verá usted la casa; habitación preciosa, *cuarto* *cuarto*, vistas á todas partes. ¿sabe usted dónde?

—Sí, sí; en la calle Petrixol.

—No señor, ya no estamos allí.

—¡No!

—Aquello es una huronera. Ahora habitamos con el Conde del Asalto.

—¡Con el Conde de!...

—Vamos al decir, en la Nueva de la Rambla.

—¡Ah!...

—Sí señor; le esperamos ¿eh? Número... tantos. ¿Vendrá usted, verdad?

—Sí, señora, procuraré.

—Para usted siempre estamos en casa.

—Gracias.

—Poquito que se alegrará Bernardo. Si siempre está nombrando á usted.

—¡Sí!

—Como en casa se leen muchos periódicos y usted *fabrica* tantos versos y otras cosas.

—Sí señora, sí, yo *fabrico*... otra cosa.

—Pues bien: al ver la firma de usted siempre sale su personalidad á relucir, tanto más, cuando deseamos darle á usted una sorpresa.

—¡Una sorpresa!

—¡Ya verá usted, ya verá usted! A la primera visita que nos haga... Alto ahí, no adelantemos los acontecimientos, como dicen los *noveleros*.

—Quedo pues á sus órdenes.

—Vendrá usted pronto, ¿verdad?

—En uno de los días de la próxima semana.

—Le esperamos.

—A los pies de ustedes.

—Hasta otra don Fulanito. Que no nos *desolvide* usted.

\* \*

Uno de los últimos días de la semana, decidido á cumplir con las de Maquitruque, y un tanto curioso por aquello de la sorpresa, me encaminé á la Nueva de la Rambla número tantos, y tras de subir 87 escalones llego al cuarto cuarto; tiro del cordón de la campanilla, suena ésta y á poco rato una voz así como de cencerro exclama:

—¡Quién hay?

—Servidor. ¿Las señoras de Maquitruque?

—Aquí no hay ningún Matruque. A la otra puerta.

—Tiene razón, hay otra puerta, claro está.

—Ning ning.

—¡Quién!—pregunta esta vez una voz como de triple de poco precio.

—¿Las señoras de Maquitruque?

—Aquí no.

—¡Será posible! ¿No es este el cuarto cuarto?

—Sí señor.

—¿Número 87 escalones?

—¡Eh!

—Digo, número tantos.

—Sí señor; pero ha de tener en cuenta que hay número tantos bis.

—Ah, pues en el *bis* debe de ser. Usted dispense.

—No hay de qué.

Desciendo de la altura: llego á la calle busco el *bis*, y vuelta á los 87 escalones; afortunadamente, con 85 doy con el cuarto cuarto.

—No hay llamador, no importa, los nudillos de los dedos lo suplirán. Plan, plan.

Tampoco. Plan plan.

—¡Guau! ¡guau!



ENTRE BASTIDORES



- Esta chica representa el invierno. Con un invierno así me quedaría yo todas las noches en casa.



## EN EL TEATRO



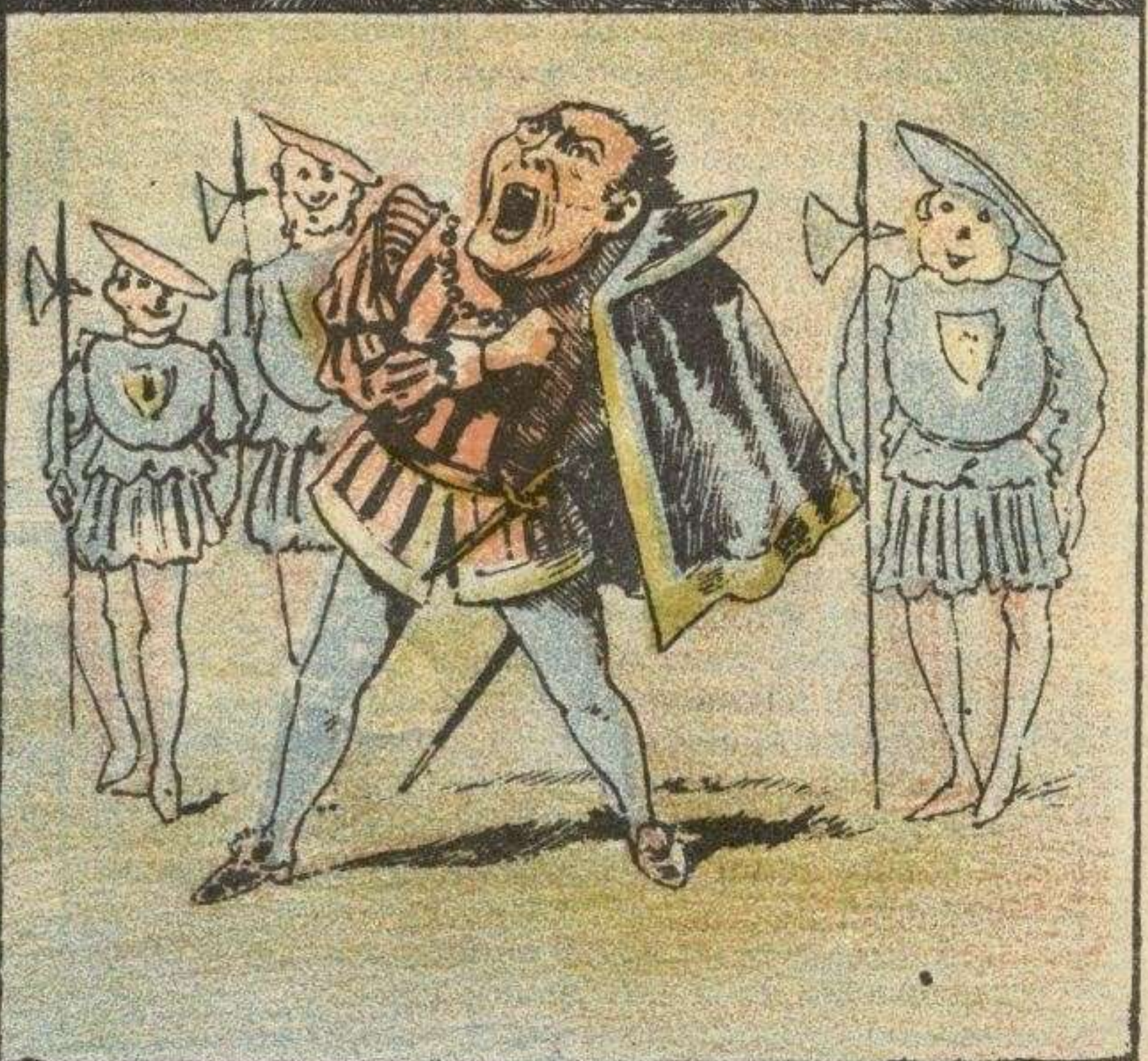
—¡Allí está la de Cefirillo! ¡Qué escotada viene!  
—Es que, según ella dice, su marido no le dá para vestirse.



—¡Qué hermoso que estás, Pacorro, con el traje de guerrero!  
—Pues si me vieras en malla te dislocabas, Lucero.



Comares



Este tenor avestruz berrea y se descoyunta, y el público le pregunta

Recibiendo una ovación que ella misma se ha pagado. O mejor dicho, que pagó el conde al jefe de la *claque*.



—¡Hola! perritos tenemos.

Por fin abren y...

—¡Ah! ¡don Fulanito! ¡Cuánto bueno por acá! Entre usted, entre usted. ¡Jesus! que día ha escogido usted para venir! Encontrará usted la casa hecha una perdición! Pero usted ya es de confianza.

—Sí señora: yo soy...

—¡Guau! ¡guau!

—Cállate, *Sultán*.

—¡Guau! ¡guau!

—Bernardo, mira quién tienes aquí.

Sale Bernardo envuelto en una tela de color indefinible que la señora Maquitrúque se empeña en llamar bata, y...

—¡Oh! ¡usted por aquí! Entre usted: siéntese usted... No, aquí no, en esta silla...

—¿Está comprada?

—No señor, está sucia; ya se ve, en donde hay criaturas...

—¡Guau! ¡guau!

—Y perros...

—Tome usted ésta—diceme alargándome una silla un tantito coja y un mucho cubierta de polvo.

Voy á sentarme, y ¡caracoles! un alfiler clavado en el asiento, por poco más se clava en mi idem.

—Estos niños son tan traviesos—dice la mamá.

—¿Se ha hecho usted daño?—dice el papá.

—No, no ha sido cosa... un pequeño rasguño—digo yo.

Sentada ya toda la familia, y con el dichoso perrito jugueteando entre mis piernas, empieza un diluvio de preguntas que á nada conducen. Se habla de todo, del gobierno, de los corsés de las señoras, de los últimos descarrilamientos, de la sopa de yerba y qué se yo que más.

Todo ello sazonado con los golpes de tos viciosa del papá, las *atmósferas* de la mamá, unos suspiros de fuelle de la cuñada fea y los gruñidos del dichoso *Sultán*, que desde que le di un terrón de azúcar que por casualidad guardaba del café, se empeñó en meterme el hocico en los bolsillos de mi sobretodo.

Así las cosas, no tardan en llegar de la escuela Pepito y Juanito, que, á las primeras de cambio, se ponen á pedir pan en tono de si bemol.

—Quiedo pan: mamá, tengo hambre.

—¡Hijitos de mi alma! dice la mamá dándoles á cada uno una rebanadita de pan untado con manteca.

A mitad de su *manducatoria* se hallan, cuando se le ocurre decir al bueno de Bernardo:

—Pero niños, ¿no decís nada al señor? Así os educan en el colegio!

—Andad, luceros míos—dice la mamá—dad un besito al señor.

Y los dichosos luceros se llegan á mí, dejan el pan encima de mis rodillas, se encaraman agarrándose en mi corbata, y me estampan dos besos que saben á manteca pura.

Durante la ascensión, el señor *Sultán* no ha perdido el tiempo, pues apoderándose de los dos trozos de pan ha desaparecido como por encanto. Al reparar el robo los dos niños ¡menudo concierto de gritos es el que se arma! No cesa hasta que repetida la ración desaparecen á igual que el perro; desaparecen para que Juanito al poco rato se presente en la sala montando una escoba en la cual mi sombrero figura como cabeza de caballo, recibiendo sendos golpes de badila para imitar el látigo del jockey con todos sus pormenores.

Los go pecitos me llegan al alma, pero muy gracioso debe de ser el caso cuando toda la familia se echa á reír ponderando la precocidad del niño.

Preciso es reirse también, y así lo hago, hasta que un fuerte batacazo dado en la puerta hace exclamar á la mamá:—Ahí está Indalecio.

¡Bonita manera de anunciarse! digo para mí capote.

Indalecio es un grandullón de unos 17 años, alto, muy alto y con los pantalones cortos, muy cortos y las orejas sucias: saluda con trases de colegio de primera enseñanza, se sienta y... aquí tiene lugar la sorpresa que ya con curiosidad esperaba.

Es el caso que Indalecio en un arranque de españolismo, ha escrito un drama trágico en 4 actos y muchos cuadros. La obra está terminada con cuanta suntuosidad... quiero decir, con todos los adelantos del siglo: coro de marineritos, duos de tenor y tiple, *couplets*, una romanza que termina en seguidillas manchegas y su apoteosis final.

El niño del piso bajo, ha escrito la música, música que según la mamá, no tardará en cantarse por las calles, por el sabor popular que entraña en sí.

Mas la obra tiene algunos pequeños lunares fáciles de corregir, (son palabras del papá) si el niño no estuviese tan ocupado en la construcción de un poema épico, él mismo lo corrigiera, mas no teniendo tiempo para ello, en mí se ha pensado para que la corrija en el que bien me parezca y de paso puedo sacar un ejemplar en limpio y copias para los actores.

Item más: que ya que conozco y me trato con tantos actores, vea la manera de colocar *El corazón de un besugo*, (es el título) en uno de los principales teatros, siempre que la empresa prometa pintar 7 decoraciones y confeccionar trajes para el coro.

A todo digo que sí y á mucho más lo dijera, cargo con el manuscrito, me despido más deprisa que el que se le escapa el tren, saltando de tramo en tramo de escaleras, llego á la calle, respiro por fin el aire libre, dejo el ejemplar en la tienda de comestibles para que hagan cucuruchos con sus hojas y no paro de correr hasta que pierdo de vista la calle del Conde del Asalto.

¡Vaya con los de Maquitrúque!

¡Cualquier día vuelvo por su casa!

LUIS MILLÁ.



### DESDE MADRID

ESLAVA.—*La boda del inspector*; juguete cómico-lirico, en un acto, letra de Navarro Gonzalvo, música del maestro Mateos.

El argumento no puede ser más sencillo; consiste en exponer en varios cuadros—los cuales carecen de interés—las peripecias que ocurren á un inspector, de la autoridad, en un viaje que emprende—por orden superior—en el momento de verificarse su boda y del cual regresa herido y con el ascenso de delegado.

Aunque el autor—que en otras obras ha demostrado su talento—presenta en escena dos monaguillos, (las señoritas Parra y Guevara) éstos no resultan, sucediendo lo propio al juguete que, como ya he dicho, carece de chistes y de interés.

La interpretación, pasadera á ratos y á ratos pe-



sada, pues la señorita Montes deja bastante que de-  
sear en su papel de viuda.

El público del paraíso, se empeñó en ver á los  
autores, los cuales salieron al palco escénico, en me-  
dio de las protestas de algunos espectadores.

\*\*

COMEDIA.—Problamente se verificará, en el pre-  
sente más, el estreno de la comedia titnlada *Real-  
dad*, escrita por el señor Pérez Galdós sobre su no-  
vela del mismo nombre.

TARTARIN.

### MICELANEA

Criticaban en una tertulia á una señora que esta-  
ba presente, su escetivo cariño por los individuos de  
la raza canina.

—¡Qué quieren ustedes!—replicó la aludida;—yo  
quiero mucho á los animales.

—¡Qué amor propio!—replicó Fierabras que lo es-  
cuchaba.

La escena pasa en una estación de ferro carril.

—¡Por Dios carabinero, acabe V. de registrarme!

—Señora, voy á ver el otro mundo, porque este ya  
lo he visto.

—Papá, cómprame un cepillo para la cabeza.

—Pero; hijo mío, si no la tienes.

—¿Cómo le gusta á V. más la mujer?

—Según. Si es francesa, con sombrero; si es espa-  
ñola, con mantilla.

—¿Y si es alemana?

—Con trabuco.

Entre andaluces.

—¿Qué está osté hablando é los toros, si osté no  
entiende ná? ¡Si fuera yo!... ¿Ha matao osté alguna  
ves?

—No, compare.

—¿Ha banderillao?

—No, señó.

—¿Ha picao?

—Sí, señó.

—¿En qué plasa?

—En la de Cataluña.

—¿En la de Cataluña?

—Sí, señó; allí he picao yo... tabaco.

Sacó á bailar cierto joven  
á una cursi en Santander,  
y la tal, muy ofendida,  
dijo al galante doncel:  
—¡Cómo! ¿No trae usted guantes?  
y el joven, con sencillez,  
contestó:—Nada le importe;  
ya me lavaré después.

—En verano se suelen gastar sombreros tan boni-  
tos, que me los comería.

—Es porque serán de paja.

El otro día robaron á un pobre seis *canas* de ropa  
(medida catalana) y decía lleno de pesadumbre.

—¡Ya no se respeta nada! ¡Ni las canas!

En un esceso de celos

se tiró el pobre Machuca  
con tal rabia de los pelos  
que se arrancó... la peluca.

—He pedido á Perico tres reales para comprar  
este baston inglés, y no pienso devolvérselos.

—Entonces di que el ingles es Perico, no el bas-  
tón.

—¿Está tu amo en casa?

—No, señor.

—¿Cuándo volverá?

—Cuando el amo manda que se diga que no está  
en casa, no se sabe á qué hora ha de volver.

Iba un inglés montado en un mulo por el Monseny  
y se cayó y se rompió una pierna.

Entonces exclamó con la mayor calma:

—¡Ao! Yo sentirlo por la pierna.... Por lo demás...  
ya iba yo á apearne.

Dos amigos disputaban en un café sobre nobleza,  
delante del mozo que les servía.

—No hay nada más respetable que la casa de  
Este— exclamó uno.

—Dispénsenme Vds. señoritos, —dijo el camare-  
ro;— pero yo prefiero la casa de aquel.

Y señaló al dueño del establecimiento.

### ADELINA SALA

La artista que hoy ponemos en la primera  
plana de LA SAETA es una aventajada dama  
joven del teatro Romea.

La afición la llevó á las tablas hace poco  
tiempo y los progresos que hace son notables,  
siendo muy bien recibida por los habituales  
concurrentes al citado teatro.



L. M.—No va mal y le insertaré el artículo que está  
escrito con soltura.

M. G. Ll. (Llerena).—Irán las seguidillas de los dos. Lo  
demás no.

J. M. G.—Déjelo V. y no salga de la cerrajería. Da más  
y lo hace V. mejor.

E. de L.—Irá, hombre, irá.

C. Astifino. (Pamplona).—Veremos.

N. G. V.—Es poco y poquita cosa.

I. S. (Minas de Río Tinto).—Hace V. bien en avisarme y  
ya vigilaremos para que ese señor Victor X. Burset no  
nos la vuelva á dar. (omó V. comprenderá, estos chascos  
nos suelen suceder á menudo á los directores de sema-  
narios, que no estamos obligados á conocer todos los ver-  
sos que se han publicado.

Amadeo.—No mande usted la firma.

P. P. S. (Madrid).—Ni usted tampoco.

Macarroni.—¡Hombre! ¡Ya ha vuelto á aparecer usted!  
¡Y yo que cria que le habian llevado á V. los demonios!

F. C.—¿Es de veras de usted?

A. H.—No sirve.

A. N. (San Fernando).—Tampoco.

A. F. T. (Burgos).—Tambien estos.

Cucufate.—Irá saliendo.

Imp. Tallers, 51-53





—¿A ver lo que hacen esta noche en Novedades? ¡Los pobres de Madrid! Entonces me hacen á mí, porque soy de Madrid y estoy más tronado que una rata.

ANUNCIOS

**BIBLIOTECA PARA TODOS**

Ocho tomos ilustrados y con cubiertas al cromo, que forman una interesante novela.—Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

**BIBLIOTECA DE BOLSILLO**

Colección de novelitas, cuentos y anécdotas, compuesta de cinco tomos ilustrados con bonitos grabados.— Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

**LA SAETA**

**PERIÓDICO SEMANAL**

FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

España: Semestre, 5 ptas.— Año, 8 ptas.

Extranjero y Ultramar: Año, 15 ptas.

No se admiten suscripciones por menos de medio año en España, ni por menos de uno en el extranjero. Pago adelantado en letras de fácil cobro ó sellos de franqueo.— Las suscripciones empezarán el 1.º de cada mes.

**CUIDADITO CON ESTO**

Elegantes tomitos con grabados y cubierta al cromo, que contienen poesías, novelas y cuentos de varios autores. Se compone la colección de 10 tomos al precio de 15 cént. en toda España.

**TRES MILLONES DE CHISTES**

Gran colección de chistes, epigramas, chascarrillos, anécdotas y poesías festivas, ilustrados con profusión y lujo y con bonitas cubiertas al cromo. Van publicados 49 tomitos á 15 céntimos uno y en prensa la continuación

Para los pedidos y correspondencia dirigirse á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco n.º 5—BARCELONA

CORRESPONSAL EXCLUSIVO EN MADRID para la venta de LA SAETA, D. Julián Rodríguez—Ancha S.º Bernardo, 27, bajo